

PREGÓN DE SEMANA SANTA 2012

D. Enrique León Pastor

Pregón de Semana Santa 2012 pronunciado el día 24 de marzo en el Gran Teatro de Córdoba por D. Enrique León Pastor, hermano de las cofradías del Santísimo Cristo de Gracia y del Santo Sepulcro. El pregonero fue presentado por D. Blas Jesús Muñoz Priego.

Presentación

"

Sonaron tres inesperados golpes en el cancel del Cielo

Sus puertas se abrieron en una fría noche de cuaresma

Tras sus postigos:

El lecho blanco de María Santísima se manifestó ante tus ojos.

Te embriagó la Paz de la Gloria.

La Esperanza de la Madre de Dios te acunó

Y un blanco nazareno de Capuchinos se postró ante el Humilde rostro de Dios.

a la memoria de Diego Luque Lora

Oh Dios mío: te rogamos suplicantes por las almas de tus difuntos

siervos cofrades...

Que tus santos ángeles los escolten al celestial Reino del Paraíso

Esperaron y creyeron en ti,

que no padezcan las penas del purgatorio,

que posean los gozos eternos de tu Divina Presencia.

Dales, Señor, el descanso eterno.

Y luzca para ellos la luz perpetua.

Descansen en paz.

Amén.

"

Pregón

"

Prólogo

La ciudad quiere despertar de un gran letargo. El invierno ha sido largo, frío, implacable. La Luz que da vida al mundo se ha visto relegada al interior de los templos. La primavera no ha florecido. La luna de Nisán se ha escondido tras lúgubres nubarrones. El olor del azahar se ha desvanecido en una atmósfera ácrata y desleal con su pasado. El legado de aquellos que veneraron a Nuestro Señor Jesucristo y a su Bendita Madre ha desaparecido bajo el yugo implacable del tiempo.

Córdoba se ha alejado, al igual que el Pueblo Elegido, del Dios de Abraham. Adoran a un nuevo Becerro de Oro. La ciudad, que en otro tiempo fue sede del Santo Osio de Corduba, se ha trasmutado en una nueva Sodomía. Mancebías, lupanares y tabernas son altares fecundos en pecadores. Aquí no hay sitio para el rezo, no hay lugar para la devoción, no hay tiempo para Dios.

Era cuaresma,

Era Semana Santa,

Era Córdoba...

y no se derramaría cera por sus calles.

Era cuaresma,

Era Semana Santa,

Era Córdoba...

y no olía a incienso

Era cuaresma,

Era Semana Santa,

Era Córdoba...

y las calles no habían visto al Hijo de Dios.

Fue en la primavera de 1819 el inicio de un éxodo que se prolongaría durante casi tres decenios. Aquella Semana Santa se viviría en las calles de la ciudad con pesadumbre y escasez de medios. Jesús del Calvario haría estación de Penitencia el Domingo de Pasión, saliendo del atrio de San Lorenzo a las tres de la tarde. El Jueves Santo Jesús Humilde, Santo Crucifijo y Jesús de la Sangre, y Nuestro Padre Jesús Caído llenarían de incienso y devoción el Campo de la Merced, la Magdalena y el arrabal de los Olleros; para finalizar el Viernes Santo con la presencia de Nuestra Señora de la Angustias, Santo Entierro y Soledad de Nuestra Señora.

Los postulados ilustrados habían alcanzado las jerarquías eclesiásticas y, tras el altercado que sufrió la imagen de Jesús Caído en 1818 -abandonado por sus portadores en plena estación de Penitencia en la calle de Carnicerías- Trevilla disolvería la corporación de San Cayetano y promulgaría en 1820 el edicto que acabaría por guillotinar las manifestaciones públicas de Fe de los cofrades de principios del s. XIX.

Al igual que había ocurrido con la entrada de las tropas francesas el 13 de junio de 1808, desamortizaciones y exclaustaciones provocarían la pérdida de un valioso patrimonio artístico en las cofradías, labrado a lo largo de los siglos. La ausencia de las hermandades por las calles de nuestra ciudad ocasionaría la extinción de una serie de costumbres que nunca más se recobraron con plenitud: la tradición que se trasmite de padres a hijos, de abuelos a nietos... La herencia de una túnica, de una devoción, de un sentimiento; la historia de una Pasión que nos devuelve a la niñez, que nos recuerda nuestra juventud, que nos acompaña durante la madurez y que, finalmente, nos conducirá a la presencia del Padre.

Por eso, esta historia encontrada tras los ladrillos de una hornacina tapiada, en una antigua casa de Santa Marina -escrita en un libro de burdas pastas y hojas amarillentas-, es la historia de una familia que quizás vivió en Córdoba; que quizás fue escrita por un cofrade, y que en cualquier caso es reflejo de una ciudad que ya no existe, donde todavía se anhelaba recuperar el pulso perdido de la Historia.

Hosanna

En la primavera de 1852, hacía veinte años que, por las vicisitudes de la vida, su familia se vio obligada a buscar trabajo fuera de la antigua capital de la Bética. Tal vez fue la suerte, o quizás la providencia, pero cuando estaban a punto de partir hacia Cádiz desde el puerto de Sevilla para embarcar rumbo a Cuba, al salir de la Iglesia de San Lorenzo, y tras rezar ante Jesús del Gran Poder, su padre les comunicó que había encontrado trabajo, que se quedaban en Sevilla.

Álvaro no pudo contener las lágrimas, miró al interior del templo, buscó la mirada del que carga los pecados del mundo, quería de nuevo rezar ante aquel Jesús Sacramentado tallado en madera, ante ese Varón de Dolores. Entró en su Capilla y, arrodillándose en un viejo reclinatorio, dio las gracias por la plegaria concedida. Todo aquello le resultaba extrañamente familiar: no estaba en Córdoba, no estaba en San Agustín, aquella plaza no era dónde jugaba con sus hermanos, aquella imagen no era Nuestra Señora de la Angustias, pero todo se parecía, todo se lo recordaba.

Este fue el inicio de una devoción que perduraría hasta el final de sus días y que se fortaleció con el paso de los años. Todas las primaveras, recordó a su abuelo, vecino de San Cayetano, cuando en las iglesias sevillanas comenzaban los quinaros y novenas de sus cofradías. Y durante cada una de las veinte cuaresmas vividas en Sevilla evocó, gracias a los bellos relatos que su abuelo le contó en sus primeros años de vida, una Semana Santa cordobesa que ni él ni su padre habían conocido pero que, sin duda, convertían a la antigua Colonia Patricia en una nueva Jerusalén.

Habían pasado dos décadas desde su viaje a Híspalis, marchó siendo un crío, volvía hecho un hombre. Abandonó una ciudad sin alma, regresaba a una Córdoba Resucitada.

El retorno fue un viaje al pasado, una vuelta con añoranza a sus primeros años de vida. Todo ello le hizo experimentar sentimientos contradictorios. Por un lado, aquella sería su primera Semana Santa fuera de Sevilla, su primera madrugada sin acompañar a Jesús del Gran Poder, su primer Viernes Santo sin realizar Estación de Penitencia en la Iglesia Metropolitana de Híspalis. Pero también era la primera vez que podía volver a Córdoba y redimir una aspiración que, gracias a su abuelo paterno, nació en su corazón: acompañar al Hijo de Dios y a su Bendita Madre por la calles de esta Ciudad Eterna.

La mañana del cuatro de abril de 1852 Álvaro cruzó el que, hasta la fecha, había sido el único puente pétreo del Guadalquivir. La vetusta pasarela cordobesa compartía dicho honor, desde el 23 de febrero de aquel mismo año, con el recién inaugurado pontón sevillano de Isabel II. Sus primeros pasos discurrieron por uno de los cinco arrabales que se distribuían fuera de las cercas de Córdoba: la barriada del Espíritu Santo o Campo de la Verdad. Su caserío algo disperso y desamparado ante los envites de las crecidas del río, se disponía en torno a su Parroquia y tras la fortaleza de la Calahorra. Toda la barriada contrastaba con la inmensa mole de piedra calcárea de la fachada meridional de la ciudad. Murallas, Catedral y Alcázar conformaban la imagen de una villa que guardaba en sus entrañas la Historia de varios milenios.

Fue en dicho instante, cuando se disponía a cruzar la Puerta del Puente: donde empezó a escuchar los toques del Campanario Catedralicio. Los sonidos metálicos de los badajos le despertaron de la ensoñación que, hasta entonces, le había producido volver a la tierra de sus ancestros. Recordó que era Domingo de Ramos, que esas Campanas anunciaban la Entrada Triunfal en Jerusalén, que el Rey de Reyes llegaba a la ciudad acompañado de palmas y olivo, haciendo realidad las proféticas palabras de Zacarías:

“Decid a la hija de Sión: mira a tú rey, que viene a ti humilde, montado en un asno, en un pollino, hijo de acémila”

Las inmediateces de la Catedral bullían de gente. La proximidad a la entrada de Córdoba y la procesión de las Palmas, que discurría por las calles colindantes, sólo sirvieron a Álvaro para confirmarle la percepción que anteriormente había experimentado: Jesús, el Hijo de David, el Ungido había sido recibido en la Ciudad Santa.

El viaje fue corto pero intenso debido a las emociones. Tras asistir a la Función Solemne de la Misa de las Palmas en la Santa Iglesia Catedral, pudo comprobar que se hallaba en una ciudad excepcional. La antigua alhama de Qurtuba le atrapó desde que sus primeros pasos cruzaron la Puerta del Perdón. Contempló las arquerías basilicales de los Omeyyas, se sumergió entre los tenues claroscuros de sus lucernarios y encontró la Luz que ilumina a todos los gentiles en el Crucero de la Catedral. No sólo estaba en Córdoba: paseaba dentro del alma de la ciudad, que en apariencia se muestra esquiva, pero que, sin duda, eternamente se manifestará como la Madre que aguarda impaciente el retorno de sus hijos.

Getsemaní

La habitación de la hospedería Rizzi, en la calle del Cabildo Viejo, cercana a las escalinatas de la Cuesta Lujan, le ofreció el ansiado descanso. Abrió la bolsa de viaje, sacó las distintas mudas de ropa que su mujer le había doblado primorosamente en Sevilla y colgó, en el postigo de la ventana, una vieja túnica morada de holandilla. Su abuelo, justo antes de su abortado traslado a Cuba, hizo prometerle que la conservaría hasta

que un día pudiera vestirla junto a Nuestro Padre Jesús Caído. Abrió el catre, rezó la Salve y calló en un profundo sueño que le llevó de forma ininterrumpida hasta la mañana del lunes.

El hostel se encontraba en pleno centro comercial de la ciudad, y aunque todavía estaba regentado por su fundador, Juan Bautista Petit, era su yerno, Juan Rizzi, quién comenzaba a tomar la dirección de la fonda con mejor reputación de Córdoba. En ella aún se recordaba la estancia del afamado Alejandro Dumas y su hijo, durante el viaje que realizaron desde París a Cádiz en 1846.

Tras despertarse con las primeras luces del Lunes Santo Álvaro se acicaló en una pequeña palangana de loza que le recordó el otro motivo que le había llevado a Córdoba: los negocios. Su destino era la Fábrica de Cristal del nº 19 de la calle Librerías. Quería ofrecerles las nuevas colecciones de loza Pickman, con la que comerciaba. Al entrar en el establecimiento, pudo comprobar que contenía productos de toda clase y condición, casi un pequeño zoco en miniatura.

Fue allí donde conoció al que sería su cicerone por la ciudad: D. Nicolás Raigón, quien estaba despachando con D. José de la Cruz y Luque la compra de unas pequeñas jarras plateadas para el exorno floral de Nuestro Padre Jesús de la Oración en el Huerto. La disputa entre tendero y cliente se centraba en el precio final del lote. Mientras el Sr. Cruz indicaba que no podía ajustar más el importe de los cuatro jarrones, D. Nicolás invocaba su intachable condición de buen cristiano, recordándole el destino final de las piezas. En ese momento, Álvaro echó mano a su bolsillo, sacó un par de monedas y dejó el asunto resuelto entre cliente y tendero. D. Nicolás dio las gracias a su desconocido benefactor y D. José se sintió aliviado al terminar la transacción con algo de beneficio para su comercio; pensando que no había peores clientes que los cofrades a la hora de realizar encargos para sus hermandades: Siempre llegaban a última hora, con prisas, pagando por debajo del precio y cuando Dios quería...

Álvaro dejó en un segundo plano sus intereses comerciales y entabló conversación con D. Nicolás. Al salir de nuevo a la calle Librerías éste le invitó a acompañarlo hasta la Iglesia de San Nicolás y San Eulogio y, tomando calle abajo, sus pasos se adentraron por la populosa calle de la Feria, de pronunciado desnivel hacia el Guadalquivir y pavimentada con cantos de río, que enlazaba la villa, primitivo núcleo urbano de la Córdoba Romana, con la Axerquía, recinto fortificado y construido por los últimos Omeyas para defender los arrabales orientales de Qurtuba. Enseguida, giraron hacia la calle Maese Luis hasta la confluencia de la calle Candelaria para llegar hasta Lineros y penetrar por la calleja de la Badanas hasta la Plaza de San Nicolás, donde se localizaba una de las parroquias más humildes de la ciudad.

La collación contaba con un gran número de parroquianos dedicados a la industria de la piel y los cueros, aunque no eran los únicos. La tradición laboral del barrio era tal que los oficios de sus vecinos daban nombre a la mayorías de sus calles: Vinagreros, Noques, Toquería o Badanas. Las curtidurías impregnaban el aire con sus olores característicos, destacando entre todas la conocida como Casa del Santo, donde además de pellejos curtidos, se vendían toda clase de paños y capotes y realizaban labores de tenería en sus conocidos noques.

D. Nicolás Raigón era un buen conversador, de locuacidad aumentada por la pequeña donación en metálico de su nuevo amigo al que se ofreció como anfitrión en las costumbres cofradieras, recientemente rescatadas por la Corporación Municipal. Él era el principal y solitario artífice de que la efigie de Nuestro Señor en la Oración en el Huerto estuviera participando en la procesión Oficial del Santo Entierro, al correr con los gastos

de los cultos cuaresmales y la cera necesaria para aquéllos. Pero aquel año, como ya había comunicado al Consistorio, sus ahorros sólo llegaban para el adorno floral del Divino Orante.

La Iglesia de San Nicolás de la Axerquía, levantada sobre una pequeña mezquita de arrabal, había mantenido la planta del oratorio islámico hasta fechas relativamente recientes. La última gran reforma del inmueble había borrado definitivamente dichas trazas, pero en la memoria del pueblo perduraba aún el origen musulmán de su parroquia.

La escultura de Jesús en el Huerto permanecía habitualmente en uno de los altares situados en el lado del evangelio, dentro de una gran hornacina. En esos días la imagen se presentaba flanqueada por cuatro hachones dorados sobre una parihuela que, según los más antiguos parroquianos, había pertenecido a la extinta cofradía de Loreto. Aquellas andas habían servido para portar la Cruz Guiona de plata y carey de la hermandad, que los siniestros gabachos sustrajeron durante la ocupación de Córdoba.

La luz de la cera iluminaba tenuemente la mirada al cielo de Cristo que, en su condición humana, elevaba la plegaria en la modesta iglesia de un barrio humilde de artesanos, donde también la molienda del aceite ocupó un lugar destacado en la antigua Colonia Patricia, al igual que la almazara que dio nombre a la finca de Getsemaní. Jesús oraba sólo, abandonado a la tribulación, débil ante la inmensidad de la nada, pero fortalecido en la voluntad del Padre.

“Abba: Tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres”.

Tras ayudar a D. Nicolás a la colocación y ajuste de las jarras de metal plateado en en la peana procesional, sobre las que se disponía tan devotísima imagen, salieron del templo para acudir a un mesón de la calle Lineros, propiedad del Sr. Raigón, donde saciaron con vino de la tierra y buen puchero la gazuza ocasionada por el trabajo desempeñado en las galerías de aquel modesto templo consagrado por el Rey Santo.

Cirene

Álvaro escuchó los pormenores que D. Nicolás le fue explicando sobre la esperada procesión oficial del Viernes Santo en la capital cordobesa. Y, conforme avanzaba el relato, crecía su interés por participar en tan devotísimo cortejo. Fue entonces cuando le expuso que en su habitación de la hospedería Rizzi guardaba una vieja túnica morada de holandilla, con la que pretendía acompañar a la imagen de Jesús Caído. Y fue también en ese preciso instante cuando su deseo se vio roto en mil pedazos, al conocer que aún seguía vigente la prohibición de túnicas y cubrerrostros en los cortejos procesionales de la ciudad, con base en el Decreto de 1820 promulgado por Trevilla, que endurecía, aún más, las viejas disposiciones de prelado Cebrián, a las que pertenecía la hechura de la túnica de su abuelo.

Ante la desilusión dibujada en el rostro de Álvaro, D. Nicolás se ofreció a realizar las gestiones pertinentes para incluirlo en las cuadrillas de portadores -que cargarían las imágenes del sacro viacrucis- y acompañarlo a las distintas parroquias e iglesias conventuales donde se ultimaban los preparativos de las imágenes consignadas, por la Comisión Municipal, a participar en la Estación del Penitencia de aquel Viernes Santo del año de 1852 de Nuestro Señor.

Tras salir del mesón, acordaron encontrarse en la puerta de las Casas Consistoriales esa misma tarde, para encaminarse después a la Taberna de Pedro Sierra, cofrade del Caído y encargado, a la sazón, de conformar las tres cuadrillas para sacar solemnemente las imágenes del Convento de San Cayetano.

Después de la preceptiva siesta realizada, en el pequeño catre de su fonda, Álvaro bajó las escaleras de la hospedería, saliendo por el portón del mencionado establecimiento, giró hacia la derecha para dirigir su marcha a la calle del Arquillo Real y llegar, tras bajar por Zapaterías, al cancel del Consistorio cordobés, donde D. Nicolás esperaba paciente.

La taberna de Perico Sierra, como era popularmente conocido, se encontraba en las inmediaciones de Santa Marina de las Aguas Santas, cercana a la calle Moriscos, en el número seis de la calle Mayor de la collación. Su clientela, perteneciente a la clase más humilde de la ciudad, tenía entre sus más fervientes parroquianos a los alfareros y albañiles del arrabal septentrional de la ciudad, destinado a la fábrica de cuencos y material de construcción, popularmente conocido como barriada de las Ollerías.

En el interior de la taberna, sentado en una de las mesas que disponía el modesto establecimiento, se encontraba el afamado mesonero, que escribía en la trasera de una cartelería taurina del Coso de los Tejares los nombres de los que debían componer las distintas cuadrillas. El rostro del tabernero manifestaba una clara sensación de preocupación. Según contaba, los componentes de la suya resultaban, a todos los efectos, escasos. Los hombres que había conseguido aglutinar, deberían soportar el peso de los dos pasos en la tarde del Viernes Santo, sobre todo las de Nuestra Señora, que había reformado sus seis varales de madera - aumentando la altura para el nuevo palio con estrellas de hoja de lata- y que acogería a Nuestra Señora del Mayor Dolor -vestida al modo sevillano- con corona de imperiales.

La conversación, poco a poco, se hizo cada vez más amistosa, manifestándoles Pedro Sierra la poca disposición de los cofrades en portar sus sagradas imágenes, en gratificar a los faeneros con las merecidas viandas y con el inconveniente de ni tan siquiera asegurarle la cera suficiente para que pudieran formar parte de la comitiva religiosa, mientras esperaban los puntos de relevo. Álvaro ofreció, desinteresadamente a formar parte de la cuadrilla; tras explicarle su inexperiencia en tales lides e interesarse en el modo de carga que se realizaba en las cofradías cordobesas, a simple vista, conocidas las parihuelas del Señor del Huerto, bastante distante del modelo sevillano, que con profusión de detalles le explicó al recién conocido tabernero.

Después de más de dos horas de conversación, Álvaro se habituó a la jerga local de la sacra carga de su ciudad natal, se comprometió con Curro Valenzuela en la Oficial del Viernes Santo y quedó a su disposición, desde la tres y media del mencionado día, en la plaza de la Compañía.

Cuando el ocaso comenzaba a teñir de tonalidades púrpuras las cubiertas de teja de la ciudad, Álvaro y D. Nicolás se despidieron del ventero, no sin antes acordar que asistirían al día siguiente al devotísimo traslado que, desde la Iglesia del Espíritu Santo y el Convento de los Trinitarios del Marrubial, realizaban respectivamente la Santa Cruz Guiona y el popular Cristo de Gracia al convento de Jesús Crucificado. Sus pasos procesionales serían convenientemente adornados por las primorosas manos de las monjas dominicas.

Jerusalem

El alba de aquel Martes Santo despuntaba con timidez, y Álvaro bajaba las escaleras para tomar, en el pequeño café dispuesto en la planta baja del hostel, un carajillo acompañado de unas soroyonas migas mañaneras con abundante ajo frito. Este modesto manjar se servía diariamente en el establecimiento y confortaban a los primeros pobladores diurnos de la ciudad.

Nada más entrar en el salón, tropezó con la silla de un sacerdote de piel blanquecina y pelo cano que daba buena cuenta de un soberano plato de las afamadas migas, acompañadas con un brandy de la cava más selecta del botellero de los Rizzi. El pequeño accidente fue la excusa perfecta para que el pater, deseoso de tener compañía en su solitario desayuno, invitara al culpable del inesperado altercado a la mesa que ocupaba junto a uno de los ventanales que abrían a la calle del Cabildo Viejo.

D. Rafael Coronado era Rector y Cura Propio del Salvador y Santo Domingo de Silos, Notario Mayor del Crimen, Examinador Sinodal, predicador de S.M., capellán de honor y honorario, Secretario de Cámara del Excmo. e Ilmo. Obispo de Córdoba, y una de las mejores cucharas que Álvaro había contemplado en su vida. La facilidad de palabra de uno y la soledad matutina del otro se aliaron para que la conversación fluyera entre ellos, poniéndose al tanto cada uno de los objetivos y obligaciones del otro. Las habilidades sociales del cura y el interés cofrade de Álvaro fueron pretextos suficientes para que minutos después salieran del establecimiento, tomaran la calleja del Reloj, se dirigieran al templo de la Compañía y, junto a toda una legión de parroquianos a las ordenes del titular, comenzara en la Capilla del Sagrario el montaje del Monumento del Jueves Santo.

Mesas, tabloneros, candeleros de plata, blandones, sagrario y brocados de damasco rojo, fueron poco a poco conformando el altar efímero que, desde la tarde del Jueves Santo hasta los oficios del Viernes, ocuparía Jesús Sacramentado en la iglesia del Salvador. Tras la dura mañana de montaje, todos los colaboradores pasaron a una de las amplias dependencias del templo, donde se disponían en una alargada mesa de pino varias botellas de fino de Moriles y un potaje de bacalao y acelgas que, el mismo Cura Propio de la Compañía, se había encargado de cocinar a fuego lento durante todo el día anterior. Los recientes ayunos cuaresmales y los esfuerzos de la heterogénea tropa resultaron suficientes para que dos chuchos, que esperaban al olor del puchero los desperdicios del almuerzo en una de las puertas traseras de la calleja del Yeso, se fueran con más pena que gloria tras varios lametones en los restos del finiquitado guiso.

La inesperada sobremesa puso a Álvaro al corriente de nuevos datos que desconocía sobre la esperada procesión del Viernes Santo. D. Rafael era uno de los pocos sacerdotes pertenecientes al Cabildo Catedralicio que había favorecido la recuperación de la Semana Santa en la ciudad califal. Y, en consecuencia, uno de tantos que cargaba con la responsabilidad de preparar todos los aspectos requeridos por la organización de la misma. La iglesia del Salvador se había convertido desde 1849 en el vértice sobre el que pivotaba la devotísima representación de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo por las calles de Córdoba.

En la mañana del Viernes Santo, el templo abrió su austero cancel desde la una de la tarde para permanecer abierto hasta las inmediaciones de las tres y media, recibiendo gozoso la llegada de las distintas cofradías que procesionaban sus imágenes y a todas las corporaciones que, acompañándolas, alumbraban a los titulares de las referidas hermandades. Aquel año era especialmente importante, según contaba el sacerdote de la Compañía: al aumento considerable del número de imágenes que conformaban el Santo Viacrucis, la participación de un gran número de cofradías y la colaboración de los gremios y de las distintas fuerzas vivas de la ciudad, se añadía la atención de todo el pueblo fiel de Córdoba como testigo directo de un nuevo y esperado renacimiento en las manifestaciones públicas de fe.

Tras el reconfortante almuerzo, la recogida de la mesa y la limpieza del templo, el nerviosismo de unos y otros empezó a hacer evidente que faltaban pocas horas para presenciar, en el cercano Convento de Jesús Crucificado, la llegada de la Santa Cruz Guiona y del Santo Cristo de Gracia.

La tarde había empezado a languidecer y, con el crepúsculo, el gentío fue llenando las inmediaciones del cenobio dominico. Desde la plazuela del Indiano se aproximaba acompasadamente el Árbol de la Vida... en la Plaza de los Hoces, la silueta del Ungido, del Cristo puso de manifiesto la devoción de todo un pueblo. Las dos comitivas habían partido desde sus templos: El Sacro Leño, La Vera Cruz desde la periférica iglesia del Espíritu Santo, el Santo Crucifijo del Cristo de Gracia desde la Iglesia Conventual de los Trinitarios Descalzos en las inmediaciones de la Puerta de Plasencia.

La Cruz Guiona venía precedida por un amplio cortejo de feligreses. Tras ellos, una hermosa parihuela que, con moldurón dorado y espejos entre minuciosa talla vegetal, era portada por los acogidos del Hospicio del Campo de San Antón. Parroquianos del Campo de la Verdad y la hermandad de Nuestra Señora de Belén de San Basilio practicaban el devoto ejercicio del santo viacrucis: Decimotercera estación, "Iesus ex cruce deponitur" -leyó el preste que presidía el cortejo procesional-. "Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi quia per sanctam crucem tuam redemisti mundum" -respondió el pueblo fiel que ocupaba las inmediaciones del Convento-.

A lo lejos, la silueta del Cristo de Gracia embocaba -sobre su dor"